

XXX Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2014

Y ESPERA ...

MARGARITA GUIBERTEAU MUÑOZ

PREMIO

El 11 de Julio de 2014,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Carmen Amoraga,
Ignacio Martín Lerma, Mari Ángeles Rodríguez Alonso,
Manuel Enrique Mira Sánchez
y José María López Ballesta,
otorgaron el Accésit de la trigésima edición
al cuento titulado Sin palabras,
de José Ignacio Sendón García.

Margarita Gulberteau Muñoz nació en Badajoz, en 1961. Es Técnico Administrativo. Empezó a escribir hace muchos años y consiguió publicar su primer cuento titulado "El intruso" en el certamen "El Vuelo de la Palabra", una iniciativa del Ayuntamiento de Badajoz cuyo objetivo es ayudar a escritores noveles. En el año 2.002, ganó el VII premio literario de relatos breves "Villa de San Vicente", organizado por la Asociación Cultural Vicente Rollano Muñoz, con un relato que tituló "Un vestido de organdí azul". También ha publicado algunos relatos cortos en diarios locales. Recientemente, ha visto la luz su primera novela "Los sueños pródigos", que fue finalista para el premio de novela Felipe Trigo y para el premio Ciudad de Badajoz.

Y ESPERA ...

La niña levanta despacio la colcha y mira debajo de la cama para sorprender a los duendes. Sabe que todas las noches construyen sus casas con los sueños de los que duermen, pero las deshacen por las mañanas, cuando despiertan. La niña desea que le expliquen cómo atrapar los sueños para hacerlos realidad, aunque no sabe adónde van durante el día. Se le ocurre que quizá se escondan en la caja de la costura y revuelve entre hilos, botones, alfileres, metros y restos de retales, pero no los encuentra y teme que no les gusten sus sueños porque los deja libres para inventar otro paisaje. Sin embargo, no quiere creer que se ocultan por esa razón y le echa la culpa al general. Imagina que no le gustan los duendes y tampoco a ellos les permite vivir en la luz... o tal vez, se esconden en otra parte. Mañana los buscará entre las tuercas, las puntas y los tornillos, también en el cajón donde se guardan las cosas que se olvidan. Pero aún falta mucho tiempo para que llegue mañana, así que se sienta y espera ...

El padre habla, pero la niña no lo escucha aunque permanece quieta y de pie ante él mientras le mira la boca y finge que lo escucha. El padre le sigue hablando de cosas que no entiende y la niña sólo ve el movimiento de sus labios dando forma a palabras sordas, que olvida sin haberlas escuchado. Entonces le dice que son pobres y le presta atención porque sí conoce el significado de la última palabra, pero no comprende por qué la usa. La niña ha comido y está vestida, por ese motivo cree que esta palabra es más grande de lo que parece, con mucho espacio dentro de ella para otros significados y decide buscarlos más tarde entre las páginas del libro que la guarda. Después, se va al colegio por el camino que ella dibujó y se sienta junto a una ventana ciega; todas las ventanas del colegio están ciegas. Es una ceguera blanca, de cal, que permite la entrada de la luz mientras el paisaje permanece al otro lado. Vuelve a pensar en la palabra del padre y pide permiso a la maestra para consultar con el guardián, que la obliga a seguirlo a través de un laberinto de paredes de papel, de donde se desprenden otras palabras que la distraen, muchas palabras que le salen al encuentro y le ofrecen sus servicios con la esperanza de gustar más y ser la elegida. Pero el guardián les ordena que

callen y siguen buscando hasta que llegan al territorio de la letra p y al fin la encuentran. La niña descubre su contenido y ahora sabe que sirve a muchos amos, pero todos oscuros y graves. Por eso se pregunta qué motivos tiene el padre para usarla, aunque no halla la respuesta y toma una decisión: nunca volverá a pedirle la paga de los domingos. Sigue caminando entre las demás paredes tras el guardián y, poco después, llegan al territorio de la letra t y encuentran la palabra tristeza. El padre trae a casa mucho pescado, pero la niña no come peces porque la miran y también mueven la boca, aunque no hablan. Sin embargo, a ellos sí los escucha y sabe que le están pidiendo agua, pero el río está muy lejos y se ahogarían antes de llegar. A la niña le gustan las manzanas, sin embargo, le da miedo que estén envenenadas porque ahora sabe que nunca será una princesa.

La maestra pregunta a la niña por la profesión del padre, pero no lo sabe. Sí sabe que hacía mucho frío la mañana que llegó la mujer que traía el luto, o quizá el luto traía a la mujer, porque era todavía muy temprano cuando llamaron a la puerta la mujer y el luto. También traía lágrimas en los ojos y en la boca mientras decía que la muerte se había llevado a su marido. Dio explicaciones sobre cómo cerró bien la puerta la noche anterior, pero la muerte consiguió entrar y discutió con la vida. Durante más de dos horas, cada una de ellas luchó con sus armas: la muerte con su guadaña; la vida con su savia ... Al final, venció la muerte. La mujer le pide al padre que entierre a su marido, pero no ha cumplido las reglas y el padre se niega. La niña se sube a una silla y espera... No entiende por qué hay que enterrar a los muertos; no sabe qué es un muerto. Pero la mujer llora y a la niña no le gusta, y quiere que el padre le seque la cara igual que seca la suya cuando sueña pesadillas que la muerden. La mujer dice promesas, como las palabritas del Niño Jesús que dice la niña. El padre la cree y le asegura que enterrará a su marido. Ahora, ya pude bajarse de la silla para regresar al sueño bueno que ha interrumpido.

La madre necesita demostrar su valor y trabaja todo el día porque sabe hacer todos los trabajos, pero le da miedo la tormenta. Por ese motivo, se sube todas las tardes a los hombros de la casa a mirar el horizonte. La tormenta se disfraza de noche para confundirla, pero ella ve el brillo de sus dientes y corre a cerrar las puertas y a tapar los espejos, y esconde los

cuchillos, las agujas y las tijeras. Después se oculta para que no vean su miedo y reza. La niña no ve su miedo, aunque lo presente y también quiere ocultarse, pero es la hora de hacer las tareas y hoy toca la lección de valentía. La tormenta se va y la madre regresa, y sonrío mientras pone el mantel para la cena; sonrío mucho cuando no hay tormenta porque siempre perdona. La niña también sonrío y, antes de dormirse, reza para que la madre no tenga miedo y viva para siempre a pesar de que nunca va a la Iglesia. Las otras niñas le preguntan: ¿por qué tu madre no va a la Iglesia? Porque está el cura y habla, responde la niña.

La hermana de la niña es pequeña y exige que la cuiden. Tiene dos ojos de cristal por donde mira sólo lo que quiere. La hermana se lo come todo: la risa y los besos; los juegos y las muñecas; el pan y el chocolate. Se come también a la niña y ahora nadie la ve, ni siquiera cuando se pone su vestido de organdí y sus zapatitos rojos de charol. Los domingos sólo tienen mañana y huelen a arroz con pollo y a Heno de Pravia. La niña se viste de colores alegres y sale a la calle con una cinta de raso blanco en el pelo. Y corre en dirección al sol mientras la cinta la sigue reptando sobre el aire; no sabe que se desata despacio porque quiere ser libre, aunque no ha preguntado cuánto cuesta. La madre le da vueltas al brasero para que la visita y el domingo no se acaben. El guiso de brasas gira envuelto en ceniza y dispara chispas que rompen las medias, pero nadie las escucha porque los naipes golpean la mesa. La niña entra en la casa, guarda silencio y espera mientras mira la bombilla remota del techo. Siempre se le dice que espere y ella obedece. No se llama Penélope y, sin embargo, espera ... En la calle, una cinta de raso blanco yace sin vida sobre la acera.

El abuelo es el hombre más viejo del mundo y camina despacio porque arrastra los pies y el corazón. La niña no quiere al abuelo porque pincha y tiene los dientes amarillos. El abuelo nunca está en casa. Va de un lado para otro doblando las esquinas. Una vez, dobló la esquina donde se apoyaba una gata negra y se la llevó a casa para espantar la mala suerte. El abuelo le cuenta a la niña que busca sus sueños dentro de las botellas, pero ella no le cree porque sabe que están llenas de barquitos y no cabe nada más. Al abuelo le da miedo el general porque mata. No le asusta la tormenta, pero se esconde cuando pasa el general. La gata negra y el

abuelo se van juntos a doblar las esquinas, pero siempre vuelven y llaman a la puerta, que se abre despacio mientras se queja. ¿Quién es más viejo, tú o el general?, le pregunta la niña. El general, pero yo me moriré primero porque la muerte me persigue a mí. Soy un fugitivo que se le escapó hace muchos años y algún día me encontrará, responde el abuelo con los dientes apretados, como siempre cuando habla del general y la muerte. La niña le pregunta al guardián el significado de la palabra fugitivo.

La abuela tampoco es feliz, pero no importa porque no lo sabe. Las rosas de hilo se abren entre sus manos mientras la niña persigue la aguja, pero es muy rápida y se le escapa. La abuela tiene un jardín lleno de rosas de hilo, pero el patio de su casa es pequeño y se mueren los geranios. Dice que la gata del abuelo nunca se sube a los tejados y sospecha que pueda ser una espía del general. El corazón de la abuela la amenaza con dejar de latir si no le paga lo que le debe, pero no le hace caso y pasa las manos por el mantel. Dice que fue la más hermosa de su pueblo cuando tenía dieciocho años, pero la niña no la cree y le grita que es mentira porque aún no sabe que el tiempo es el que miente, el que se esconde en el barquero que engaña a las niñas bonitas cuando les canta que no pagan dinero. La vecina de la abuela viene a pedir perejil una vez al mes para el jilguero. Después se sienta en el sillón vacío del abuelo y llora. La niña espera en silencio porque sabe que la vigilan los retratos que sostienen la pared, también el de la abuela con su vestido negro que se pone para las bodas y los entierros. La abuela solo tiene dos vestidos: uno negro y el otro también; uno huele a Heno de Pravia y el otro a puchero. ¿Por qué entierran a los muertos?, pregunta la niña cuando se ha ido la vecina. Porque lo manda la ley. ¿Y eso duele? Sólo a los vivos. ¿Y el muerto se va al cielo? O al infierno, según. ¿Y yo iré al cielo? Sí. ¿Por qué? Porque eres pobre. La abuela también dice la palabra y la niña descubre que las rosas de hilo no huelen a nada. Sobre el cojín de pana, la gata negra escucha y vigila.

La amiga de la niña tiene el cabello rubio y el poeta dice que es oro bruñido. El cabello de la niña es oscuro y busca un poeta que hable de él, pero no lo encuentra. Sí encuentra un poema dentro de un cuento, que le habla de una princesa que quería una estrella, una princesa con su mismo nombre y tan bonita como ella, y la niña siempre guardará un gentil

pensamiento del poeta. Pero la madre dice que las niñas rubias son más buenas, y con el corazón dándole golpes en el pecho, se sienta al sol y espera. El padre de la amiga se pone el traje de los domingos todos los días. Después se va a la estación del ferrocarril a esperar el tren de las siete con un ramo de perejil en la mano, pero siempre vuelve solo, triste y moviendo la cabeza. La niña y la amiga buscan en la calle la llave de matarile mientras los niños con postillas, apoyados en una pared, esperan que se levanten las faldas.

La tita de la niña está loca, pero solo un poco y la madre dice que nunca le salieron las muelas del juicio. Tiene un baúl lleno de tesoros y pide un novio para enseñárselos. ¿Qué es un novio?, pregunta la niña, pero no le responden, así que se sienta y espera ... La cama de la tita tiene los huesos blandos y la dobla por la mitad cuando amanece. Después, coloca encima un jarrón con flores de plástico marchitas y se va a buscar la vida, pero no la encuentra y la madre dice que se quedará soltera. Cuando la tita no busca la vida, busca más tesoros para guardar en su baúl. Entonces se pone las botas viejas, se sube a la máquina de coser y cabalga sobre la tela. La tita nunca le lee cuentos a la niña, pero todos los días le pregunta de dónde le viene la tristeza.

El verano se desliza viscoso y ardiente, pero a la niña le gusta más que el invierno porque el sol calienta el corazón y la cabeza. El padre se sienta en la acera sobre una silla de anea y mira las estrellas con la intención de descifrar todos sus misterios, la madre también las mira pero sólo las cuenta, la abuela mira la luna y el abuelo dice que el cielo no existe, sólo el infierno, aunque cierra los lunes. El abuelo espera a que sea lunes y se muere. A la niña no le gusta el hombre de la bata blanca porque siempre aparece cuando algún corazón se rompe. El corazón del abuelo está entero, pero se ha cansado de arrastrarlo y ha dejado que se pare. La gata se hace más negra y se va sola a doblar las esquinas, pero no sabe volver sin el abuelo. La abuela dice que se ha muerto porque ha querido y se pone el otro vestido negro, el que huele a Heno de Pravia. Después cierra la caja y la vigila la noche entera mientras teje más rosas sin olor que pone sobre la madera brillante.

La compañera de la niña nunca se sabe la lección, pero tiene una

cicatriz pequeña y redonda en medio de la frente. A la niña le gusta su cicatriz porque imagina que es un botón mágico, y que al tocarlo, pueden ocurrir cosas extraordinarias, pero la compañera nunca deja que lo toque porque le hace daño. Pero si ya está curada, protesta la niña. Estas cicatrices nunca se curan, dice bajito la compañera. ¿Y por qué la tienes? Porque mi padre fuma. La niña no entiende su respuesta y se asusta cuando piensa que hay demasiadas cosas que no entiende. Por ese motivo se las pregunta a la maestra, que es seca y fea como una tortuga y se sienta siempre en el borde de la silla. ¿Con quiénes se casaron los hijos de Adán y Eva?, ¿cómo sabía Noé cuál era la mosca macho y la mosca hembra?, ¿qué significa no cometerás actos impuros? La tortuga estira la cabeza para mirarla y la niña sabe que será castigada. Quizá sea pronto para conocer algunas respuestas, y aún más pronto para hacer las preguntas. Por eso se sienta, calla y espera ...

La niña tiene un escondite secreto que todos pueden ver, pero nadie sabe que es secreto. Es un pequeño hueco entre el ropero y la pared lleno de magia donde puede desaparecer cuando cierra los ojos. Desde el otro lado de la casa llegan los gritos del padre a buscarla, pero no la encuentran porque ahora es invisible. La niña guarda una fábrica de sueños en su escondite que pone a funcionar todos los días en silencio, para que los duendes no los roben. Después los graba en la memoria y espera ... La madre cree que la culpa es de los libros y le pone una yema de huevo batida en el café. La abuela está segura de que tiene mal de amores y teje otra rosa. El padre dice que se cura con jarabe de palo y se va a buscar más peces. La hermana la mira con sus ojos de cristal y la tita le pregunta otra vez de dónde le viene la tristeza, pero la niña no le responde y continúa escuchando la novela.

La casa de la niña está lejos de todas partes y no tiene balcón. ¿Por qué nuestra casa no tiene balcón? Por culpa del general, responde la madre mientras vigila el cielo oscuro. El padre se enfada porque las paredes son delgadas y siempre están alerta, pero la madre culpa de todo al general: de las heridas de los niños, de las cicatrices de los mayores, de los huesos que se rompen, de la sangre que no es roja, de las caras sucias ... La niña necesita compartir el dormitorio con la hermana y la tita; el

otro, lo comparten el padre y la madre también por necesidad. El dormitorio de ellos tiene una ventana por donde entra una franja de luz todas las mañanas y cae sobre la cama, que es muy grande, pero sólo los domingos. La niña juega a atravesar la franja de luz porque cree que puede atraparla con su cuerpo y guardarla en su interior, pero después de un rato, se mira dentro y sigue estando oscuro. A la niña le gusta su dormitorio porque lo visitan los Reyes Magos una vez al año y le traen regalos: una muñeca, golosinas, libretas nuevas y lápices de colores. Siempre los mismos, pero le gustan y ese día olvida la tristeza. Después tendrá que pasar un año entero para que regresen los Magos de Oriente. Es mucho tiempo, pero no importa porque la niña se sienta y espera ...

El padre se bebe el vino de la botella y dice que habrá otra guerra cuando se muera el general, y que si fuera más listo, no habría tenido hijos. Entonces la niña corre a su rincón a rumiar su culpa y a esperar que la guerra pase pronto. El padre le dice que no sabe hacer nada y ella cree todo lo que el padre le dice, por eso se queda quieta en su escondite mientras escucha el mar que hay dentro de la caracola. La niña quiere escapar y vivir en el país de las películas, donde el pelo de las niñas es de oro y montan a caballo, y no las castigan cuando rompen los vasos. Quiere vivir en una casa que no esté fría, ni siquiera en invierno, y tener un perro que aprenda a leer su pensamiento. La niña siempre elige el camino más largo para volver a casa, y anda despacio sobre la tierra dura. A veces, se detiene a torturar alguna hormiga que ahoga varias veces en un charco para volverla a resucitar. Pero nunca la mata. La deja libre y mira cómo se va maltrecha y atolondrada. Después, cuando la madre le diga que es mala, también la creará, y esa noche le rezará a la Virgen para pedirle que su pelo se vuelva rubio y sus ojos azules.

Cuando la abuela no teje rosas de hilo, le dicta cartas llenas de esperanza a la niña, que se sienta frente a ella y espera ... La abuela tarda porque no sabe usar el guardián para descubrir palabras y tiene que buscarlas en su cabeza antes de pensarlas. Mientras tanto, la niña mira por la ventana cómo el viento invisible sacude las sábanas, y se imagina que son fantasmas atrapados que se revuelven tratando de escapar, igual que los peces en la red. La niña también lee las cartas que regresan llenas de

pérdidas. Después, la abuela se pierde entre los recuerdos y guarda silencio mientras encuentra el camino de regreso, pero tarda mucho en volver y la niña se duerme sobre la mesa. Cuando la abuela la despierta tiene migas de pan en la mejilla y se enfada porque le ha robado otra tarde, y le dice que nunca volverá, que no quiere ver su cara arrugada, ni su vestido negro, ni su tragedia. El día de su cumpleaños, la abuela se hace una trenza y la corta para llevarla a la iglesia y regalársela a la Virgen, pero olvida el camino de regreso. Después se olvida también de sus pérdidas y la niña es dueña otra vez de la tarde. Tal vez algún día, quiera escribir más cartas, pero la abuela ya se habrá ido.

El vecino no estaba cuando explotó la bombona y ardió la casa porque clavaba una cruz en el campo. Pero sí estaban su mujer y su hijo, que tenía los mismos años que la niña. Por la calle pasa gente que antes no pasaba. Llegan en coches que brillan, y llevan trajes oscuros como en las películas. Los trajes pasan la tarde revolviendo entre las cenizas mientras los uniformes empujan a los que quieren ver la tragedia. El padre dice que buscan la causa, pero la madre dice que buscan la excusa y habla de cuerpos negros como el carbón. Antes de que el sol se ponga, se suben a los coches y se van. Quieren estar lejos cuando caiga la noche porque saben que los cuchillos crecen entre las sombras. Todos están tristes, pero ahora creen que tienen buena suerte porque sus bombonas no han explotado. El vecino regresa después del verano con una maleta vacía y mira un rato las ruinas, donde ahora, los niños con postillas han levantado un campamento. Las mira con los dientes y los puños apretados mientras la niña vigila su dolor y casi puede sentirlo, solo el dolor; aún es temprano para el odio y la rabia. Después, el hombre se gira y se cruzan sus miradas un instante. La niña se asusta cuando ve sus ojos y corre al interior de la casa. En la pequeña pantalla y en blanco y negro, el general sale al balcón y saluda a la multitud.

En el primer cine le cuelgan los pies y los mueve mucho mientras los pájaros hurgan en las orejas de los niños. Quédate quieta, le ordena el padre con un susurro. Pero los pájaros quieren comerse a los niños y eso tiene que doler mucho. A la niña le gustan las películas que se parecen a sus sueños. Esas que se hacen con hombres guapos y fuertes, que unidos a

mujeres hermosas y valientes, vencen a los malvados y acaban siempre felices, agarrados el uno al otro junto a la puerta de una casa maravillosa y diciendo adiós con la mano a un carruaje que se aleja. Pero se pregunta si es el final verdadero. ¿Qué pasa cuando desaparecen dentro de la casa? ¿Y al otro día? ¿Y al siguiente? Se le ocurre que deberían dejar la puerta un poco abierta para que los sueños entren sin llamar. La niña verá muchas veces esta última escena, siempre con la esperanza de que a causa de un olvido de él, o del vestido de ella, quede la abertura suficiente para que entren los sueños que dejan afuera. Pero pasan al interior y la puerta siempre se cierra. A la niña le repiten todos los días que no debe creer en los sueños, pero sabe que si obedece, el general volverá a ganar todas las batallas, incluso después de muerto, como ese valiente guerrero que cabalga sobre su caballo dentro de su libro de historia.

A la niña se le escapa la sangre y busca sus pecados para pedir perdón. Nadie le ha dicho que estará presente en su vida y cree que morirá, igual que la primita de labios azules que vivía al otro lado de la carretera. Las explicaciones de la madre llegan con retraso y abren una grieta en la frontera de su infancia. Le dice que tenga cuidado con los niños, que huelen la sangre igual que las fieras y aguardarán en su refugio el momento de asaltarla y mezclarse con ella. La niña cuidará su falda a partir de ese día, y amarrará sus rodillas, y caminará con cuidado para que su carne no se mueva. La muñeca se aburre sobre la cama mientras la espera, pero nunca volverá porque pela ajos en la cocina; tiene que ensayar antes de que el tiempo acabe el vestido de mujer que cose para ella. La niña cree que ya está más cerca de sus sueños y espera ... En el cuarto de los trastos, los duendes hacen la maleta.

